

EL DILEMA DE LA CREACIÓN

Jorge Fernández Guerra

Crear es elegir. Según otra acepción célebre, crear es encontrar. “Yo no busco, encuentro”, decía Picasso. Hay otras imágenes conocidas que ejemplifican el dilema de la creación. Se decía que Brahms tiraba a la papelera mucho más de lo que retenía y otra anécdota que ha circulado mucho es la de Stravinsky, cuando en los años treinta trabajaba en el estudio que le proporcionó la Casa Pléyel de París, y en cierta ocasión alguien escuchó a través de la puerta sus gritos proclamando “...no hay que tener piedad...” Cuando uno está familiarizado con la obra de Johann Sebastián Bach se recibe una fuerte sensación de que lo que cuenta es, ante todo, la manufactura; como si la sustancia musical fuera un continuo del que lo más importante sea la forma de tejerlo. Los propios manuscritos son un testimonio: escritura clara y limpia, barroca y con suaves ondulaciones, pero comprensible, casi de escuela, hasta el punto de que no resulta fácil descubrir si una página manuscrita está escrita por el propio Bach, su esposa Anna Magdalena o algunos de sus hijos o alumnos. No menos fuertes pero en sentido opuesto, es la sensación que se recibe cuando se echa un vistazo a alguna página manuscrita de Beethoven, con su escritura endiablada, sus innumerables tachones y rayaduras, la rapidez y las abreviaciones, como si se tratara de un ciego que tantea el terreno, o alguien que caminara a oscuras palpando los obstáculos.

¿Cómo puede rastrearse el dilema moral en estas trazas? No es difícil establecer una serie de impresiones por las cuales Bach confunde la creación con la justa y exigente práctica diaria que sólo rinde cuentas a Dios; mientras que Beethoven lucha contra una materia levantisca y árida a la que desea conformar a imagen y semejanza de sus anhelos, que en definitiva no son otros que los de los hombres. Esta intensa mutación se produce en un lapso de tiempo inferior a un siglo, y en alguna medida, sus ecos llegan hasta nuestros días.

¿Cuál es la mora, e incluso la ética, que subyace en el, artesano genial que cuida un huerto que parece la ciudad de Dios hecha música? ¿Y cuál sería la del artista bronco que se rebela contra la falta de mensaje de una materia artística y que lucha contra esa falta para imponerle el retrato del destino del hombre?

Lo más curioso de esa pregunta es que su respuesta sigue siendo materia de nuestros días, es decir, que la respuesta sigue escurriéndose de nuestras manos. Y es curioso porque para el creador la respuesta es puramente pragmática. Se plantea de la misma manera que se busca su resolución: creando. Pero crear es fuente de muchas más preguntas. Y es curioso porque desde fuera del ámbito creativo se espera una respuesta del creador, y ésta nunca llega en los términos requeridos, sino en la modalidad de más y más preguntas.